



Ha llegado el tiempo del despertar árabe. Hace ya años que las nuevas generaciones habían llegado a la conclusión de que vivían en una pesadilla de opresión y miseria, de aislamiento y sumisión que había hecho irrespirable el aire de sus mundos. Los jóvenes árabes eran conscientes del aletargamiento que les inmovilizaba. El despotismo de sus líderes, la corrupción del sistema, los ofertas redentoras del extremismo de Al Qaeda y la aquiescencia de un Occidente con el que a grandes rasgos se identifican les impedían encontrar el impulso necesario para alzarse contra el entorno de tinieblas falsamente pacífico en que crecían.

Fue el empeño de sus dictadores en ahogar los miedos de la vejez apretando el puño de hierro con que asfixiaban a sus gentes y sentando las bases de nuevas dinastías, lo que produjo tal acumulación de desesperación que provocó el estallido. La chispa saltó donde menos se esperaba: en Túnez, la autocracia que Europa utilizaba como balneario. El fuego se propagó y zarandeó a los pueblos árabes hasta despertarlos.

El movimiento no ha hecho más que comenzar y ya se han producido serios altibajos. Tras las impactantes caídas de Zine el Abidine Ben Ali y Hosni Mubarak -a las que después de tres meses de sangrienta resistencia parece que se sumará el yemení Ali Abdalá Saleh-, oscuros nubarrones predicen las gravísimas dificultades que enfrentará la primavera árabe en los países en los que trata de florecer. Desde la deriva hacia una guerra civil abierta en Libia, una de las sociedades menos estructuradas debido al arraigo de su base tribal; a las brutales represiones en Siria y Bahréin, pasando por la inestabilidad generada en Argelia, Jordania y Marruecos. Estos países han emprendido reformas más o menos importantes para atajar el descontento de la población, pero tal vez sea demasiado tarde. También en Arabia Saudí y algunos sultanatos del Golfo han aparecido los primeros destellos que anuncian la llegada de la marea democratizadora.

Hacía falta ser muy ingenuo para imaginar que el llamado 'efecto dominó' causaría a intervalos de un mes, como sucedió con Túnez y Egipto, el hundimiento de los regímenes autocráticos, que asistirían inermes al desmoronamiento de sus sistemas. En esta sociedad de la inmediatez que vivimos, en la que escasea la memoria histórica, pocos han tenido presente que la caída del Muro de Berlín, el 9 de noviembre de 1989, no sólo desencadenó la expansión de la democracia por Europa del Este sino también los sangrientos conflictos – Chechenia, Georgia, Moldavia, Armenia, Azerbaiyán y Tayikistán- con que se rompió Unión Soviética y la horrenda guerra de los Balcanes, cuyas heridas apenas se están cerrando en una Europa que se creía inmune tras las dos contiendas mundiales.

La revolución árabe, que se extiende desde el Atlántico hasta el golfo Pérsico, cuyas aguas agita para abrazar también al Irán de los ayatolás, tiene un largo recorrido por delante. Si logra asentarse en Egipto, corazón del mundo árabe, la onda expansiva de la primera gran revolución del siglo XXI será mucho más eficaz y forzará la democratización del Magreb y Oriente Próximo. El reto es mayor que el de los alemanes que se enfrentaron a la Unión Soviética, pero necesita tiempo. Ha sido tan espontánea que no cuenta con líderes ni organizaciones que la sustenten, aparte de la rabia y el ansia incontenible de libertad y justicia social.

Los hombres y mujeres, ricos y pobres, jóvenes y maduros, profesionales y obreros, musulmanes y cristianos que se adueñaron de la plaza de Tahrir (Liberación) hasta forzar la dimisión de Mubarak el pasado 11 de febrero, rompieron el prejuicio –bien instalado en Occidente- de que los despotismos árabes no tienen más salida que el radicalismo islámico. De igual manera, en las manifestaciones que prosiguen por distintos países no se escuchan voces contra Estados Unidos, ni a favor del Corán y ni siquiera juega un papel la causa palestina. Se clama por libertad, democracia y el fin de una policía que impone su ley con total impunidad.

Sin tener en cuenta si las mujeres iban totalmente cubiertas con el nikab, con simples hiyab o con la melena al aire; movidos por las redes sociales y respaldados por Al Yazira -la cadena de televisión catari que desde su aparición ha sido el altavoz del descontento de las masas árabes-, los concentrados en Tahrir se hicieron fuertes enarbolando la bandera de la dignidad. Habían tomado el testigo de los que abarrotaron las calles de Sidi Buzid (Túnez) después de que el joven Mohamed Bouaziz se inmolara para acabar con una vida de humillación y sin esperanza.

El derrocamiento del ‘rais’ fue el símbolo de que los árabes pueden levantar la cabeza y forjar su destino. Los actores de la revolución no son las masas desfavorecidas -aunque el crecimiento económico que experimentaron estos países en la última década benefició fundamentalmente a la minoría dominante-, sino los hijos de la clase media urbana y culta. Muchos son universitarios a los que la red abrió las fronteras de un mundo virtual mientras el mundo real se les cerraba por la corrupción rampante en sus gobiernos y por el deterioro de la imagen de los musulmanes en Occidente. De ahí que los protagonistas de esta revolución burguesa no se conformen con la caída de los dictadores sino que busquen el fin de los regímenes que los han sostenido.

En Yemen, uno de los países árabes más atrasados y en el que Al Qaeda tiene una importante base de operaciones, Ali Abdalá Saleh -que lleva 32 años en el poder y que solo ha hecho que tratar de ganar tiempo desde que hace tres meses comenzaron las manifestaciones en su contra- rechazó en el último minuto el acuerdo pergeñado a finales de abril por el Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) para que abandonara el cargo en el plazo de un mes a cambio de la inmunidad para él y su familia. El presidente yemení volvió a burlarse de la oposición que ya había firmado el acuerdo, de la gestión de sus vecinos y de las presiones de Estados Unidos y la Unión Europea, que temen que si Saleh no cede se desate una guerra civil que vuelva a romper el país en norte y sur. Quienes nunca creyeron al dictador y rechazaron la concesión de la inmunidad y de darle un mes para dimitir fueron

las decenas de miles de personas que mantuvieron las protestas en las calles de Saná y de las principales ciudades yemeníes. Saleh tiene sus días contados.

Mientras, el envío al diminuto Bahréin de soldados saudíes para acallar las protestas consiguió, al menos de momento, despejar las calles de manifestantes. En Siria, sin embargo, se bastaron solos. Bachar el Asad, el segundo de la dinastía fundada en 1970 por su padre Hafez el Asad, recurrió a los tanques para silenciar las sangrientas revueltas. Bahréin y Siria tienen en común que son dos países gobernados por una minoría étnica. En Bahréin, más del 70% de la población es musulmana chií, pero el monarca y su corte son suníes y gozan del apoyo de Occidente, en especial de EEUU que tiene en esta isla la base de su V Flota. Por el contrario, Siria es de mayoría suní, pero está gobernada por la minoría alaui -una secta chií- y cuenta con el respaldo de Irán frente a Israel que ocupa desde la guerra de 1967 los Altos del Golán. Tanto Bahréin como Siria hicieron diversas concesiones antes de aplastar los levantamientos de unos manifestantes que luchaban por el fin de unos regímenes impopulares.

Ante la incapacidad de la ONU para imponer sanciones a Siria, EEUU y la Unión Europea han decretado distintas medidas contra Damasco y exigido que ponga fin a la brutal represión, que ha costado centenares de vidas. Pero el mundo árabe no sólo espera de Occidente sanciones para forzar la democratización, sino sobre todo ayuda para cimentar los nuevos sistemas. En especial los jóvenes, que han arriesgado sus vidas en las protestas, echan en falta el apoyo decidido de Occidente a las revoluciones que están triunfando, para evitar que se atasquen. Ahora más que nunca es fundamental un generoso plan de ayuda económica que permita la creación de las instituciones democráticas y sienta las bases de la integración económica de estos países en el mercado internacional. El avance pacífico y la consolidación de los gobiernos que surjan de las próximas elecciones en Túnez, en especial en Egipto, serán el espejo en que se miren las nuevas generaciones de los distintos países árabes.

La sociedad árabe, que en general no tiene experiencia democrática, es consciente de que necesita derruir el entramado de las dictaduras para construir las bases institucionales que permitan desarrollar los nuevos sistemas democráticos de gobierno. De ahí que, conocedores de su historia y sus limitaciones, tunecinos y egipcios se sintieron cómodos cuando la revolución entregó el poder al Ejército, que se había negado a disparar contra los manifestantes, para que dirigiera la transición.

El Ejército egipcio, uno de los más numerosos del mundo -100.000 oficiales y 400.000 soldados-, goza de un enorme prestigio en el mundo árabe desde que Gamal Abdel Nasser nacionalizara el Canal de Suez, tras el golpe de Estado que acabó con los excesos del rey Faruk en 1952. Millones de egipcios han pasado por sus filas y se sienten identificados con una institución en la que no hay distinción de clases. Sus generales, principales beneficiarios del mayor conglomerado económico del país, que incluye desde fábricas a hoteles, no quisieron arriesgar sus privilegios y optaron, con el visto bueno de Estados Unidos, por dejar caer a Mubarak. Desde que Anwar el Sadat firmó la paz con Israel, en 1979, Washington es el principal donante de Egipto. Mohamed Tantaui, mariscal de 75 años y ministro de Defensa egipcio, que apareció el 3 de febrero en la plaza de Tahrir para confirmar que los tanques no aplastarían la protesta, se colocó posteriormente al frente de los 18 uniformados que integran el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas. Aunque con vacilaciones y movido por

Documentos de opinión

Georgina Higuera y Rumbao

Nº 38/2011

la aparición una y otra vez en la plaza cairota de cientos de miles de egipcios que le exigen el desmantelamiento del régimen, la transición está en marcha.

“Si Egipto se convierte en una democracia –y nada está decidido de momento--, su ejemplo se propagará como un reguero de pólvora por el mundo árabe”, sostiene el politólogo y catedrático argelino nacionalizado francés Sami Nair, en un artículo publicado en El País, el 10 de marzo pasado. Los egipcios ya han aprendido que fue mucho más fácil echar al ‘rais’ que desmantelar los pilares de su poder, pero la oportunidad de abrirse al mundo y recuperar la influencia perdida sigue inspirando la lucha de un país que quiere un futuro de esperanza y progreso.

La religión puede ser uno de los principales obstáculos para que la revolución llegue a buen término. Los Hermanos Musulmanes, la organización mejor estructurada de Egipto pese a estar proscrita, dudaron en un primer momento sobre si apoyar un levantamiento realizado en nombre de la libertad, la democracia y el laicismo. Pero conforme la protesta crecía, sus jóvenes aparecían en Tahrir y, días antes de la caída de Mubarak, uno de los líderes de la hermandad era invitado –como si fuera otro dirigente más de los partidos políticos legales- a buscar una salida a la crisis. Los reformistas de la cofradía, que en diciembre de 2009 perdieron la dirección frente a los puristas –el conservador Mohamed Badei, de 68 años, fue elegido guía supremo de los Hermanos Musulmanes- se sumaron a la revolución aceptando la posibilidad de un Estado laico, según me dijo en una entrevista en Alejandría el pasado 15 de febrero el exportavoz parlamentario de la hermandad, Hamdy Hasan. Sin embargo, la tímida reforma constitucional, encargada a una comisión de juristas que incluía un miembro de los Hermanos Musulmanes, reveló la influencia creciente de su núcleo duro.

La reforma, aprobada en referéndum el 19 de marzo, mantuvo el Artículo 2 de la Constitución de Mubarak, que consagra el islam como la religión nacional, con lo que dio al traste con la esperanza de los árabes que confiaban en que Egipto iniciara su andadura por la modernidad y el laicismo. Solo se reformaron ocho artículos, los que sientan las bases de unas elecciones parlamentarias y presidenciales libres y limitan los excesos de la dictadura, como que el presidente será electo por un máximo de dos mandatos de cuatro años. Fue un duro revés para los jóvenes que, armados de Internet, intentan impulsar la revolución democrático-liberal que les permita identificarse con los demás jóvenes del mundo. Habrá que esperar a la Asamblea Constituyente que elaborará la nueva Constitución para ver si el nuevo Egipto logra separar el Estado de la religión. De momento, la cofradía ha alumbrado una formación política legal por primera vez en la historia de Egipto. Se trata del Partido de la Libertad y la Justicia, que se define como una organización “civil con un referente islámico”. Mohamed Mursi, que forma parte del ala reformista y moderada de los Hermanos Musulmanes, es el presidente del nuevo partido.

Pioneros del islamismo político desde su fundación en 1928 por Hasan al Bana, los Hermanos Musulmanes, con ramificaciones en todo el Magreb y Oriente Próximo, abandonaron la violencia de sus primeros años y moderaron su discurso para adaptarse a los vientos que soplaban a finales del siglo pasado. Su ala más liberal llegó a asumir que la imposición de la ‘Sharía’ o ley islámica sobre la legislación del Estado ya no era el objetivo prioritario, aunque nunca renunciaron a la islamización de la sociedad. Los atentados del 11 de septiembre en Estados Unidos, la ‘caza de brujas’ desatada contra los musulmanes por la llamada ‘guerra

contra el terror' y las contiendas en Afganistán e Irak, replegaron en esta década a muchos miembros de la hermandad hacia posiciones más puristas. De ahí que solo se sumaran a la revolución cuando se dieron cuenta de que se encontraban ante una oportunidad histórica. Para un nutrido grupo de intelectuales y religiosos islamistas, el siglo XXI es el de la segunda descolonización del mundo árabe –la primera, en el siglo pasado, puso fin al dominio europeo-, y no hay duda de que el islam tiene mucho que ganar en esa segunda descolonización, cuya antesala es la actual ola de revoluciones.

El objetivo es ahora acabar con los regímenes autoritarios instaurados tras la salida de los colonizadores y con el consentimiento de éstos. Autocracias que han seguido controlando, al igual que los antiguos 'señores', las riquezas de los países y a las que se quiere superar por la acción de los pueblos. Las clases medias árabes apoyan la moderación, el consenso y las oportunidades que ofrece el modelo turco. Pese a las tensiones con los militares, celosos defensores del Estado laico creado por Atatürk, Turquía está demostrando que democracia, islamismo y progreso son compatibles. Además, experimenta un notable desarrollo desde que gobierna, hace casi una década, el islamista moderado Partido del Bienestar y Desarrollo (AKP), que dirige el primer ministro Recep Tayyip Erdogan.

Los Hermanos Musulmanes y sus correligionarios en los distintos países se encuentran en buena posición para influenciar u optar al poder y, desde la moderación, desterrar el fantasma del radicalismo que pesa sobre el mundo islámico. En Túnez, el islamista En Nahda (Renacimiento) participa en el Consejo para la Realización de los Objetivos de la Revolución, la institución que sustituye al Parlamento destituido hasta que se elija al nuevo. En Nahda apoyó la iniciativa más revolucionaria adoptada hasta ahora: la paridad de hombres y mujeres en las listas de las primeras elecciones libres de Túnez, unas listas que serán tipo 'cremallera', es decir con alternancia obligatoria de género. Es, sin duda, un merecido triunfo para "las mujeres árabes que han muerto por la revolución igual que los hombres", como me dijo en una entrevista, en marzo pasado, la renombrada feminista egipcia Nawal el Saadawi.

Pese a la insistencia de Muamar el Gadafi en que detrás de la rebelión libia se encuentra Al Qaeda, es evidente que el levantamiento árabe ha desconcertado a esta red del terrorismo internacional. La cadena de revoluciones ha sembrado la confusión entre los seguidores de Osama bin Laden, eliminado por EEUU el pasado 1 de mayo en una operación militar de comandos especiales, en la que también murieron otras cuatro personas. El principal inspirador del terrorismo mundial residía en una mansión en Abbottabad (Pakistán).

Al batacazo que representa para sus huestes el descabezamiento de Al Qaeda, se suma el aturdimiento que ya experimentaban al contemplar como las ansias de libertad y el empuje democrático invalidaban las propuestas y los métodos de actuación de los yihadistas. "Las sublevaciones populares han acabado en semanas con regímenes que Al Qaeda amenazaba, pero a los que la organización terrorista, en sus 20 años de existencia, nunca puso en peligro", afirmó el profesor de la Universidad de Columbia (EEUU) Jean-Pierre Filiu.

En contra del mensaje vendido por los dictadores árabes en Occidente de que sin ellos sería imposible frenar el extremismo islámico, las revoluciones han sacado a la luz el declive de Al Qaeda entre las nuevas generaciones árabes. Quienes piden de forma pacífica una vida digna para ellos y sus hijos no quieren que se les identifique con esa minoría violenta que ha

conseguido con sus detestables acciones manchar el nombre del islam. Para Al Qaeda, la constatación del alejamiento de la juventud ha sido un duro golpe y muchos expertos sostienen, como Fernando Reinares del Real Instituto Elcano, que los dirigentes de las distintas ramas de la organización terrorista debaten desde hace meses “cómo adquirir notoriedad en el curso de los acontecimientos”.

Sin embargo, ni Al Qaeda ni AQMI (Al Qaeda en el Magreb Islámico) reivindicaron la autoría del atentado de Marraquech del pasado 28 de abril, pese a que el Gobierno marroquí afirmó que tenía las características de la organización de Bin Laden. Otros, sin embargo, ven en esa sangrienta acción un oscuro intento de frenar las revueltas. “Al cometer este atentado ahora, cuando el régimen arrinconado se ve obligado a soltar lastre, los terroristas, autores intelectuales o materiales del atentado han resultado ser unos aliados estratégicos de la autocracia que nos gobierna”, escribió ese día el periodista marroquí Ali Lmrabet en su web Demain Online.

Las decenas de miles de marroquíes que desde hace meses piden reformas democráticas a Mohamed VI fueron los primeros en condenar el atentado que mató a 16 personas, la mayoría turistas, al estallar una bomba en una cafetería en Marraquech. Quienes se han echado a las calles de distintas ciudades del país en demanda de apertura, trabajo y dignidad se esforzaron siempre en que sus manifestaciones fueran pacíficas. Muchos temen ahora que el Gobierno ponga freno a las protestas con una nueva oleada de represión, como la sucedida en 2003 tras la serie de atentados suicidas de Casablanca que costó la vida a 33 personas. Rabat detuvo entonces a unos 8.000 marroquíes, la mayoría islamistas, de los que 2.000 fueron juzgados por terrorismo.

Los expertos señalan que tras la vacilación de estos primeros meses, el núcleo del yihadismo tratará de capitalizar el descontento de las masas con el ritmo de la transición. Y muy especialmente, organizaciones integristas musulmanas involucradas en el apoyo a los más desfavorecidos, como los salafistas -que dan cobijo a grupos violentos aunque en su mayoría no lo son- explotarán la incapacidad de los nuevos dirigentes de ofrecer un trabajo y mejores salarios a los millones de jóvenes que apostaron por luchar contra los opresores y contra la corrupción con la esperanza de tener un futuro mejor. De ahí, la importancia que conceden los analistas a que los nuevos Gobiernos aborden como prioridad el desempleo juvenil -el 65% de los árabes tiene menos de 30 años- y la recuperación económica.

Nadie puede negar que en Túnez y Egipto se han logrado ya avances inimaginables hace solo medio año y que la ola democratizadora ha abierto de forma definitiva las puertas del cambio en el mundo árabe. En buena medida se debe a un arma importante: la pérdida del miedo. Los egipcios vuelven una y otra vez a Tahrir con sus reivindicaciones, aunque el precio sea la vida. Como volvió a ocurrir en la madrugada del 9 de abril, cuando matones armados con porras entraron en la plaza para desalojar a los acampados tras la masiva concentración para exigir el juicio del dictador y sus hijos y la renuncia de todos los responsables de su régimen.

Dos manifestantes murieron en los disturbios y cientos de ellos fueron detenidos, pero el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas se vio obligado a destituir a varios gobernadores y a dar la luz verde para que la justicia sentara en el banquillo a Hosni Mubarak, acusado de

corrupción y abuso de poder en la represión de las manifestaciones en las que perdieron la vida 846 egipcios, según ha reconocido oficialmente el Gobierno. Igual suerte corrieron los dos hijos del expresidente, Alaa y Gamal. La ambición de este último, de 47 años y supuesto heredero político, fue uno de los detonantes del levantamiento popular. Gamal, más que su padre, había aglutinado el odio de los egipcios. Los árabes han aguantado las repúblicas dictatoriales, pero en el siglo XXI no están dispuestos a soportar las dictaduras hereditarias.

Tras un primer interrogatorio en el que el ex mandatario sufrió una crisis cardiaca y tuvo que ser hospitalizado, la Fiscalía General decidió detener a los tres. Alaa, el primogénito que hizo fortuna en el sector inmobiliario, y Gamal fueron encarcelados en Tora, la prisión cairota de alta seguridad en la que fueron encerrados durante décadas miles de opositores, en especial islamistas. En Tora se encuentran, además, el ex primer ministro Ahmed Nafiz, algunos miembros del último Gabinete y otros altos cargos del régimen. Pero en un claro ejemplo de las contradicciones por las que atraviesa el proceso de democratización, el 11 de abril era también encerrado, tras ser sentenciado a tres años de cárcel, el bloguero Maikel Nabil, de 25 años, por criticar a las Fuerzas Armadas y acusarlas de continuar las mismas prácticas corruptas y antidemocráticas del régimen de Mubarak.

Según Human Rights Watch, ese cristiano –la minoría copta egipcia no llega al 10%-, que en el ciberespacio se hacía llamar ‘El hijo de Ra’, es el primer “preso de conciencia” del Egipto posrevolucionario y su juicio por un tribunal militar supone un “peligroso precedente” para periodistas, blogueros y activistas de derechos humanos. Todos ellos advierten contra los riesgos del involucionismo y la contrarrevolución. No hay que bajar la guardia. Las amenazas son de sobra conocidas; los logros, con el firme apoyo de Occidente, las superarán con creces. La revolución de Tahrir ya está sembrando futuro por todo el mundo árabe.

Una de sus más esperanzadoras consecuencias es el acuerdo de reconciliación entre las facciones palestinas, logrado con la mediación egipcia. Fatah, Hamás y otros 11 partidos palestinos, incluida Yihad Islámica, se han comprometido a formar un Gobierno técnico de coalición en la Autoridad Palestina y a celebrar elecciones en el plazo de un año. El acuerdo sella la guerra civil que enfrentó a los palestinos en 2007 y dejó a los laicos de Fatah al frente de Cisjordania y a los islamistas de Hamás en Gaza. La difícil reconciliación se ha conseguido con el ofrecimiento de las nuevas autoridades egipcias de abrir el paso de Rafá. Ese día Gaza dejará de ser un campo de concentración para un millón y medio de palestinos y, conforme Egipto consolide su democratización y vuelva recuperar el latido del mundo árabe, el proceso de paz de Oriente Próximo se encarrilará de forma definitiva hacia su objetivo final.

Georgina Higuera y Rumbao¹
Periodista

¹ Las ideas contenidas en los Documentos de Opinión son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.